

Los procesos de derechización en América Latina: una realidad que demanda respuestas

Beatriz Stolicz W.

Empiezan a estar presentes en el análisis de la izquierda y de las ciencias sociales progresistas referencias a un avance conservador en América Latina, o a tendencias conservadoras en nuestros países. En las ciencias sociales el problema es más evidente por los vuelcos y giros de muchos de sus exponentes, otrora intelectuales o militantes de izquierda y hoy en franco revisionismo, en autocrítica implícita y negación de un pasado "juvenil".

Todo indica que en la región habría comenzado una nueva modalidad de dominación con marcadas tendencias excluyentes a la participación popular tanto en la distribución de los bienes materiales como políticos, donde los segundos serían cuotificados a lo más como forma de administrar la crisis de la dominación consensual más claramente perfilada desde hace década y media.

Los efectos de la nueva realidad sobre las masas populares son múltiples y dramáticos en tanto han generado niveles de miseria y marginalidad nunca antes vistos, correlacionados con frecuentes represiones y autoritarismos ya sean militares o civiles. A esta nueva realidad de contenido profundamente antipopular se le ha caracterizado como de "derechización". Su estudio no constituye caprichosamente un fin en sí mismo, más allá del interés puramente intelectual de todo conocimiento. Si por algo cobra trascendencia conocer las nuevas formas de la dominación capitalista y sus destructivos efectos para millones de latinoamericanos, es para encontrar desde el campo popular los caminos de su superación. Y esa perspectiva y ubicación social son las que atraviesan las presentes reflexiones.

1. "Derechización": ¿de qué se está hablando?

a) Precisiones conceptuales

En el análisis político, los conceptos generales "derecha", "centro" e "izquierda" son principalmente de tipo relacionales, que al no ser definidos con claridad pueden derivar en un relativismo absoluto difícil de reflejar de manera global, situaciones concretas diferentes. No es ocioso, entonces, intentar una delimitación conceptual que aunque no deja de ser convencional exprese una coherencia teórica intrínseca.

En este sentido, cuando hablamos de "derecha" nos referimos a aquellos sectores y expresiones sociales y políticas propietarias y explotadoras y a quienes se identifican ideológicamente con ellas, que excluyen a los sectores mayoritarios, explotados o populares en cuanto *sujeto y destinatario* de los procesos económicos, políticos y sociales de cada formación social, aun cuando para los efectos de la dominación de clase, se busque una participación instrumentalizada de dichos sectores (que va desde el propio proceso productivo hasta formas de "populismos de derecha"). Ello incluye tanto a sus organizaciones corporativas como políticas, entre las cuales se dan niveles elevados de correspondencia, como a sus intelectuales orgánicos.

El caso de los sectores populares (entendiendo por tales a los explotados directos o indirectos del capital), no guarda simetría con el de las clases propietarias por cuanto sus expresiones sociales y corporativas no se relacionan tan linealmente con sus expresiones políticas, fenómeno que deriva de su condición de subordinados a una hegemonía dominante. Por esta razón, diferenciamos las categorías de "movimiento popular" e "izquierda", aun cuando ambas estén protagonizadas por sectores populares. Así, por "movimiento popular" entendemos un tipo de articulación orgánica

de diferentes movimientos sociales que se identifican y estructuran en torno al interés popular, independientemente del origen social determinado por la estructura económico-social.¹ En otras palabras, involucramos en el movimiento popular tanto a sectores directamente explotados (trabajadores) como a aquellos cuya situación contribuye indirectamente a la ampliación de la plusvalía (sectores informales y marginales) y también aquellos sectores de capas medias que se identifican con el interés popular. Por su parte, entendemos por "izquierda" a aquellas organizaciones políticas que más allá de diferencias o matices aspiran a una sociedad alternativa a la capitalista.

El "centro" es una zona intermedia, difícil de precisar, que suele estratificarse por las relaciones de mayor o menor cercanía con los otros polos de la contradicción. Pueden incluirse en él a sectores llamados "progresistas", aunque el "progresismo" nos parece tener una connotación histórica concreta. Cuando el liberalismo fue una posición de avanzada frente a las posturas oligárquicas, "liberal" y "progresista" podían identificarse; en cambio, cuando como hoy el liberalismo implica la negación de un Estado de bienestar, la lógica cruda de la economía de mercado, la eliminación de mediaciones estatales en las que se expresaba una correlación de fuerzas entre lo popular y lo dominante (síntesis de las relaciones políticas y sociales), el liberalismo y el progresismo recorren rutas diferentes. Pueden ser "centristas" y "progresistas" aquellas posturas políticas críticas de las formas de dominación actuales pero que no alcanzan a identificar esa crítica con la superación del sistema de explotación, posición que en nuestro marco conceptual atribuimos a la izquierda.

b) Lo "nuevo" y lo "viejo" en la derechización

Habiendo intentado las anteriores definiciones, podemos decir, entonces, que la "derechización" supone aquellos procesos que tienden a excluir toda participación real de los sectores populares (como *sujetos* y *destinatarios*, repetimos) en la vida global de la sociedad.

Puesto que las formas de exclusión popular se ejercen desde las situaciones de dominación económica, política y social, el análisis de los procesos de derechización en América Latina implica

necesariamente abordar los sistemas de dominación en sí mismos, en sus múltiples y dialécticas manifestaciones, ejercicio, agentes y mecanismos.

Digamos, por otra parte, que la exclusión popular desde el sistema de dominación es, a nuestro juicio, el rasgo esencial del proceso de derechización verificado en nuestra región y como tal —la historia así lo ratifica— no es nuevo ni privativo de la década de los ochenta. Podríamos afirmar, incluso, que reedita conocidas historias de dominación oligárquica en América Latina. Si este fenómeno no es nuevo desde este punto de partida analítica, no deja de ser pertinente interrogarse el por qué de la caracterización de "situación nueva" en la región y de la trascendencia otorgada por lamentablemente pocos analistas a la cuestión.

La "neo-oligarquización" iniciada en los setenta ocurre en circunstancias de un importante avance orgánico y político popular y por ello conlleva un acentuado sello contrarrevolucionario. Es importante recordar que la deslegitimación del sistema capitalista desde finales de los sesenta y setenta supuso una modificación de la correlación de fuerzas a favor de los sectores populares, abarcando desde experiencias de gobierno popular como la Unidad Popular en Chile (1970) y el Movimiento Nueva Joya de Granada (1979); experiencias populistas protagonizadas por sectores progresistas de las Fuerzas Armadas como la de Velasco Alvarado en Perú (1968), de Omar Torrijos en Panamá (1968), de Juan José Torres en Bolivia (1970), de Rodríguez Lara en Ecuador (1975); avances de sectores reformistas como el peronismo de Héctor Cámpora en Argentina (1973), de Micheal Manley en Jamaica (1974), de Carlos Andrés Pérez en Venezuela (1974), de José Figueres (1970) y Daniel Odúber (1974) en Costa Rica, del PRD en República Dominicana (1979); conquista de la independencia nacional en Barbados (1973), Suriname (1975), San Vicente (1979), Santa Lucía (1979), Dominica (1978) y tanto Belice como Antigua y Barbuda (1981); la proclamación de la República Cooperativa de Guyana (1975); consistentes avances de la izquierda como el Frente Amplio de Uruguay (1971); la firma de los Tratados Torrijos-Carter sobre el Canal de Panamá (1977); apertura política de la dictadura brasileña con Figueiredo (1979) e incluso revoluciones triunfantes como la nicaragüense (1979). Todas ellas, afectando de un modo u otro el interés imperialista y de sus socios locales en la región (son numerosas las nacionalizaciones de empresas transnacionales que se producen). Otro indicador a incluir son las varias reanudaciones de relaciones diplomáticas con Cuba en esta década.²

¹ En la conceptualización del movimiento popular coincidimos con Eduardo Ballón. Véase de este autor peruano: *El proceso de constitución del movimiento popular peruano*. Mimeo, FLACSO, s.f.

La respuesta contrarrevolucionaria de entonces a estos avances populares tendió a recomponer la dominación burguesa con una violencia de grados diversos —según la magnitud del peligro— mediante golpes de estado, intervenciones abiertas, contrainsurgencia, presiones económicas internacionales, anticomunismo, etc. Lo novedoso, tal vez, es que la respuesta contrarrevolucionaria de los ochenta (a diferencia de la iniciada una década atrás), aparece buscando formas de legitimación en torno a una de las demandas más sentidas por los pueblos latinoamericanos: la democracia (dicho abstractamente por ahora), con la participación activa del propio imperialismo y con apoyos intelectuales de magnitud antes desconocida.

2. Derechización y "Nueva Derecha"

a) Lo esencial de la "derechización"

En el análisis de los procesos de derechosización en la región es frecuente encontrar dos tipos de correlaciones. Una, que asimila el fenómeno a la presencia de una "Nueva Derecha" latinoamericana. La otra, y vinculada a la anterior, explica esta "Nueva Derecha" latinoamericana como subsidiaria y émula de la "Nueva Derecha" norteamericana y europea.

Sin desdeñar los reflejos latinoamericanos de la realidad ideológica y política en los países imperialistas (llamémoslos por su calificativo más preciso), nos parece que el fenómeno que nos ocupa tiene orígenes, en lo fundamental, diferentes a un tipo de "importación ideológica". A nuestro modo de ver, dos son los factores principales que explican la derechosización: las nuevas condiciones estructurales que involucran el capitalismo latinoamericano al capitalismo mundial, por una parte, y el profundo temor a lo popular, por otra. Ambos factores han confluído en crear serias dificultades para mantener la dominación en los términos en que se dio hasta mediados de los años sesenta y obligó a recomponer sus mecanismos sobre nuevas bases, siendo éste, precisamente, el objetivo de nuestro análisis.

Veamos con mayor detenimiento. Las determinaciones económicas de la política y la acción estatal han pasado a ocupar un lugar relevante, especialmente desde el pujo crítico más reciente,

de comienzos de los años ochenta. Esta crisis se ha caracterizado en lo fundamental por: una tendencia recesiva en los países desarrollados, aumento de las tasas de interés y de la deuda externa, efectos negativos de la deuda sobre las producciones locales por imposibilidad de mantener los niveles de importaciones. Pero también, una particularmente difícil inserción de América Latina a un mercado mundial cuya competencia se basa en desarrollos tecnológicos inaccesibles para nuestra región, que en general sigue siendo exportadora de materias primas a países con alto proteccionismo; frente a lo cual, sólo se han podido obtener ventajas comparativas por la disminución absoluta del valor de la fuerza de trabajo (salario) en los costos de producción. Por lo demás, estamos hablando de un capitalismo reestructurado, subordinado al interés financiero, profundamente especulativo y orientado por una racionalidad de eficiencia y competitividad que se realiza a través del sector externo (bajo control transnacional y monopolístico) y que relega de manera acuciante toda atención de política económica al desarrollo tanto de la producción como al consumo en y para el mercado interno.

Las nuevas condiciones de la reproducción del capital han provocado abismos en la estratificación social de cada uno de nuestros países, con sectores altamente privilegiados (exportadores, productivos asociados y sector financiero), frente a crecientes masas pauperizadas y marginadas, en una suerte de dualidad social interna que llega a cuestionar, incluso, el concepto mismo de "Nación". Estamos hablando de un mantenimiento y hasta incremento de la tasa de acumulación capitalista frente a un descenso absoluto de las tasas de salarios —menores incluso a las transferencias al exterior— y el incremento de las tasas de desempleo (superior al 10 por ciento promedio en la región), del subempleo o trabajo informal (que alcanza guarismos del 25 por ciento respecto a la población ocupada) y de la marginalidad. Situación que ha catalizado la conflictividad social y que no puede ser absorbida por políticas económicas diferentes. Se precisa la claridad: no es una cuestión de códigos valóricos burgueses reprobables (que lo son), sino de condiciones ineludibles para la acumulación capitalista de una burguesía latinoamericana que está transnacionalizada, que tiene buena parte de su capital en los mismos bancos acreedores de la deuda contraída como Estados, que sólo puede mantener su condición capitalista bajo las reglas del capitalismo mundial. Todo esto ha comprometido seriamente su condición "autónoma", su capacidad de definir políticas económicas de "integración nacional" y correlativamente, de establecer políticas estatales generadoras de consenso social.

² Reanudan relaciones con Cuba: en 1970, Chile; en 1972, Perú; en 1973, Argentina; en 1974, Bahamas, Panamá y Venezuela; en 1975, Colombia y en 1977, relaciones consulares con Costa Rica. Datos que pueden encontrarse en mi trabajo: *América Latina 1940-1987. Cronología por países*, realizado en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1988.

Esta es, a nuestro modo de ver, la esencia misma de la "derechización", su base material y estructural. El otro nivel a considerar es la forma como se busca perpetuar la subordinación popular, precisamente cuando los costos sociales de la reestructuración del sistema han originado una ampliación de conductas objetivamente anticapitalistas en las masas populares, en cuanto sus demandas de sobrevivencia se contraponen a los requerimientos de "disciplinamiento económico" para la reproducción del capital (las dificultades por identificar política e ideológicamente —subjetivamente— la solución de las "demandas reivindicativas" con la alternativa socialista, es un tema a discutir en otro lugar de la reflexión y que involucra directamente el problema de la izquierda en América Latina).

Es un hecho que las violentas búsquedas refundacionales de las sociedades latinoamericanas de los setenta con el fin de generar nuevos consensos en torno a la dominación burguesa, no tuvieron la eficiencia esperada: no sólo no se destruyeron las potencialidades de resistencia popular sino que además, las históricas reivindicaciones populares multiplicadas por la crisis, se entrelazaron con las demandas democráticas, perfilando en este sentido la acción política de los ochenta.

Por parte de los dominantes, ésta se ha orientado a una rearticulación de los bloques de poder; en particular, una rearticulación política de las diferentes fracciones burguesas a través de la democracia representativa (recomposición de los sistemas partidistas, parlamentarios, etc.)³ y de éstas con las Fuerzas Armadas, con un redimensionamiento de lo ideológico en la búsqueda de legitimación del sistema.

b) La Nueva Derecha latinoamericana.

Es indudable que en este nuevo cuadro político es posible detectar expresiones de Nueva Derecha. ¿Qué es y quiénes forman esta denominada Nueva Derecha latinoamericana?

Podríamos decir que como parte de la Nueva Derecha "occidental"⁴ se define por la negación

de todo igualitarismo social y por reivindicar la economía de mercado, donde compiten las "naturales" diferencias entre los individuos, atingente a toda movilidad social. Sin embargo, su reivindicación neoliberal toma distancia de la "ortodoxa" (impuesta a sangre y fuego en casi todos los países con el concurso de las Fuerzas Armadas y la Doctrina de la Seguridad Nacional) por cuanto ésta no ha atendido la resolución de la extrema pobreza, principal motivo de conflictividad social y de inestabilidad del sistema en la región. La crítica apunta a indicar, también, la contradicción existente entre una economía de mercado, competitivo y abierto "que contemple los mecanismos necesarios para asegurar igualdad de oportunidades" (Larrain, 1987) con dictaduras, "muy poco liberales" (De Soto, 1986).⁵ Claro está que soslaya la inevitabilidad de la represión frente a la resistencia popular a las políticas neoliberales; y una vez impuestas, la crítica resulta sencilla. No obstante ello, la advertencia es precisa respecto a los peligros (populares) que entraña la conducción de la derecha tradicional a la que acusan de no haber resuelto eficazmente la modernización del sistema capitalista (por su excesivo mercantilismo respecto al Estado), de modo simultáneo a la absorción de las causas económico-sociales de la conflictividad (sin llegar a estimular aspiraciones igualitaristas). En este sentido, la Nueva Derecha latinoamericana es consciente que la resolución de ciertas reivindicaciones económicas de los multiplicados movimientos sociales originados con la crisis, puede llegar a operar como mediaciones políticas, neutralizando el sentido de organización coyuntural de tales movimientos. Tema de gran actualidad en la polémica intelectual y que comentaremos posteriormente. Este *aggiornamento* de la derecha coincide en la visión antestatista con la conducción neoliberal ortodoxa. Pero si bien reduce drásticamente las funciones distributivas propias del Estado de bienestar, rescata aquéllas que sin afectar la "libertad" de la acumulación capitalista, permitan atenuar las "distorsiones naturales" (Larrain) de una economía de mercado que no sólo desvaloriza incluso físicamente a la fuerza de trabajo, sino que afecta también a la eficiencia de la inserción local en el capitalismo mundial. El Estado debe operar, entonces, como orientador y fiscalizador, estimulando las empresas particulares, participando sólo

³ Algunas de las cuales se han visto desplazadas de la hegemonía económica aunque no estallaran las contradicciones por el grado de dependencia con el sector financiero (que por momentos se convirtiera en virtual propietario de los bienes de los deudores), lo que trazaría cualquier postura de oposición real. Sobre la relación entre economía y política, véase el interesante trabajo de Estela Arredondo y Jorge Lara: "La crisis económica y social: una reflexión política". En Revista *Economía de América Latina*, CIDE, No. 16, 1987.

⁴ Para el análisis de la Nueva Derecha occidental, véase el trabajo de Agustín Cueva "El viraje conservador: señas y contraseñas", en *Tiempos conservadores. América Latina en la derechización de Occidente*. Varios autores. Editorial El Conejo de Ecuador, 1987.

⁵ Las exposiciones más definidas de la Nueva Derecha latinoamericana la podemos encontrar en el libro *El otro sendero* del peruano Hernando De Soto, Lima, Editorial Diana, 1986 y en el libro *Desarrollo económico en Democracia* de Felipe Larrain y otros autores, miembros del Partido Renovación Nacional de Chile. Publicado en 1987 por Ediciones de la Universidad Católica, en Santiago.

en aquellas actividades que los particulares no puedan encarar y cuando sea necesario, como "socio menor" y no como "acreedor". Como puede observarse, se replantea de manera aparentemente novedosa, el viejo esquema en la relación Estado-clase que recuperando la esencia instrumentalista del Estado no le atribuye mucho más que un papel de eficiente y moderno "administrador de los bienes de la burguesía". Hasta dónde esta dilución de la autonomía relativa del Estado puede ser compatible con la democracia, es un tema no desconocido por estos sectores y que tratan de soterrar sobreideologizando la discusión sobre la cuestión democrática.

Lo cierto es que es más fácil identificar los contenidos de las propuestas de la Nueva Derecha que configurar un mapa de representación orgánica de la misma. Su presencia en todos nuestros países es desigual. En aquéllos donde el pensamiento de derecha tiene una tradición de elaboración teórica y proyectiva como en Chile, está más estructurada y puede hasta identificarse con un partido como Renovación Nacional. En aquéllos donde como en Perú la derecha ha tenido como reducto principal a las fracciones oligárquicas, la Nueva Derecha aparece como abanderada de la estructuración de un pensamiento de derecha más moderno: como es el caso del ahora político Mario Vargas Llosa y del grupo del citado Hernando de Soto. En otros países como Uruguay, estas corrientes se reconocen en las polémicas y hasta conflictos al interior de los partidos de derecha (como el gobernante Colorado); y hasta emergen en posiciones de centro-derecha como las del también gobernante Partido Revolucionario Institucional de México. Pero en casi todos los casos, y guardando las diferencias antes mencionadas, la Nueva Derecha no deja de ser un proyecto a realizarse, en pugna con la hegemónica derecha tradicional, y de cuyos resultados dará cuenta la realidad histórico-concreta de cada país. Por ello nos parece inadecuado atribuirle una relación causal con la derechización en América Latina.

3. Las Fuerzas Armadas: un factor irrenunciable de la derechización

Si bien nuestra intención no es la de reducir la cuestión del Estado y de la dominación a una mayor o menor presencia formal de las Fuerzas Armadas en la conducción del aparato estatal, aparece ineludible aunque no sea más que una somera consideración de las mismas en el tema de la derechización.

En la década pasada, en los países con golpes de Estado (principalmente en el sur del continente),⁶ las Fuerzas Armadas cumplieron el rol de

agentes represivos de la reestructuración excluyente, en una doble relación con la clase dominante. Por una parte, criticando las situaciones de "distorsión" y crisis que acompañan la ascensión del capital financiero y criticando la política burguesa, que condujeron a la inestabilidad del sistema, lo que los impulsó a sustituir a los políticos de los aparatos de conducción estatal. Pero a la vez, ejecutando el rescate de la propia clase burguesa y del capitalismo, acciones a veces "dolorosas" para la derecha tradicional pero destinatarias de una gratitud que se explicita, en las nuevas democracias, en extremas delicadezas y generosas amnistías. Lo que es evidente y que destaca Guillermo O'Donnell⁷ es que FFAA y burguesía coinciden en su visión organicista y estructural-funcionalista, cimentada en el "orden social". La Doctrina de la Seguridad Nacional desarrollada desde la Guerra Fría, permea ideológicamente a la institución castrense y le otorga una identidad frente a todo lo que subvierta el "orden" (capitalista) y les permite autoasumirse como agentes y responsables del mismo, controlando las "imperfecciones" de la sociedad civil cuando "ésta entra en crisis".

Este "mandato" no se ha visto cancelado con la vuelta a la democracia, en tanto que las causas de la "subversión" no se han eliminado, ni modificadas las conductas especulativas y avorazadas frente a las ganancias de la derecha tradicional, ni las Fuerzas Armadas han renegado de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Por lo demás, la propia burguesía no puede renunciar al concurso represivo de la Institución ante su evidente incapacidad de generar consensos.

No puede desconocerse, además, que en su experiencia de poder y en varios países como Brasil, Chile, Bolivia, Paraguay, Argentina, Honduras, Guatemala y en cierta forma Ecuador, las FFAA han incursionado en el aparato productivo, especialmente en las industrias militares de exportación, que en democracia conservan por estratégicas. Como sujetos económicos, se han insertado en una nueva forma al bloque de poder, participando con los sectores propietarios de la estrategia exportadora y de las nuevas reglas del juego capitalista. Adicionalmente, con o sin participación activa en la producción, han sido beneficiarias de la usurpación económica, situación a la que no pueden ni quieren renunciar y que les

⁶ La intervención de las FFAA en regiones como Centroamérica, directamente involucradas en la contrarrevolución y contrainsurgencia, es un fenómeno más claro e "irrenunciable" que no se ha visto modificado en los ochenta, aunque sí intensificado.

⁷ Véase el trabajo de Guillermo O'Donnell "Las FFAA y el Estado autoritario en el Cono Sur de América Latina, en *Estado y Política en América Latina*, México, Siglo XXI Eds., 1981.

brinda especial cohesión como grupo de presión, al menos frente al gasto público.

De este modo, en las nuevas condiciones de la dominación, las relaciones de las Fuerzas Armadas con la derecha "civil" oscilan entre una alianza y una subordinación a ésta, que es independiente del carácter del régimen político y que forma parte, como potencialidad autoritaria, de la derechización del sistema de dominación.

4. La dimensión política de la derechización y los apoyos intelectuales

El tema de la democracia es —como dijimos— eje de la discusión política en la región, con variantes de percepciones que corresponden a las experiencias históricas concretas: tradiciones democráticas violentamente atacadas en unos casos, democracias con formalidad insuficiente en otros; democracias aún por conquistarse, mayores o menores presencias de conglomerados populares, burguesías con diferente capacidad hegemónica. Pero siempre como denominador común de la política latinoamericana. Ello no es casual, desde que la derechización implicó e implica restricciones democráticas severas, aunque se conserven ciertas formalidades (derecho al voto, por ejemplo).

De los múltiples aspectos del fenómeno democrático quisiéramos resaltar aquél que funcionaliza una dominación excluyente, que hace *gubernables* las sociedades latinoamericanas. Ya mencionábamos el lugar de las rearticulaciones políticas de las fracciones burguesas a través del sistema representativo. Pero también la formal representación política de los sectores populares, su inclusión en un sistema político configurado desde los propios dominantes, contribuye a ceñir dentro de ciertas reglas del juego a sectores que en el plano social se resisten a un disciplinamiento económico inflexible en cuanto a la distribución de la riqueza generada socialmente.

Un ingrediente de la configuración del fenómeno de la "redemocratización", con incidencia en el funcionamiento del sistema político, es la traumática experiencia popular de la represión (de la cual la derecha "civil" no puede deslindar responsabilidad alguna) y que afecta de manera particular a los sectores intermedios. Frente a ello, la más mínima libertad política conquistada es un bien irrenunciable. Sabiéndolo, la prédica ideológica de la derecha se orienta a deslindar lo que "son" conductas "democráticas" o "desestabilizadoras". Quienes alteren las reglas del juego de los dominantes son destinatarios del chantaje golpista (aderezado con una ostensible presencia de las FFAA). Y es desestabilizador todo intento de superación política del inmediatez indigen-

te, todo reclamo económico, todo estilo político de confrontación verbal o factual, toda forma de pensar la sociedad a partir de "clases sociales" en lugar de conglomerados de "ciudadanos individuales"; o de medir la democracia por el grado de participación social en la toma de decisiones, en lugar de hacerlo exclusivamente por el parámetro electoral. También es sacralizada la competencia individual, que va desde rechazar sindicalizaciones en defensa de un supuesto de trabajo siempre amenazado, hasta la resignación a la miseria frente al bien político de la libertad individual.

Para lograr la gobernabilidad, que es una forma política de administración de la crisis, es necesario este sutil artificio ideológico que lleva a disociar las esferas de lo económico y lo político, de modo tal que los explotados pasen a considerarse "ciudadanos iguales" a los explotadores, con el privilegio periódico de depositar su voto en una urna. Lo demás, son "anacronismos ideológicos".

Estas visiones "democráticas" no son novedosas en realidad, pertenecen al más puro pensamiento liberal burgués. Lo que suscita nuestra atención es que puedan ser impuestas; paradójicamente, bajo las más esmirriadas condiciones objetivas de legitimidad del sistema. Y si ello sucede, no sin hartas contradicciones, es por el concurso intelectual con que cuentan. La Nueva Derecha es el intelectual orgánico más claro y definido de esta búsqueda de gobernabilidad, pero sus receptores más sensibles son estos "nuevos" intelectuales que "redescubrieron" la política para "humanizar" al capitalismo.

Son estos intelectuales afectados por un desplazamiento de los fenecidos mecanismos de mediación estatal, expulsados como burocracia, estigmatizados como "izquierda" y aterrorizados con la posibilidad de volver a ser tocados algún día por la represión. Cansados de la inestabilidad, como confiesa Norbert Lechner,⁸ como si la miseria popular no fuera una inestabilidad congénita y más destructora que la imposibilidad de votar y que las colas para comprar, bajo gobierno popular, cuando hay con qué hacerlo. La omnipotencia capitalista que suponen, los ha llevado a preferir un capitalismo más tolerante en lo repre-

⁸ En su libro *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (Madrid, Siglo XXI Eds., 1986), Norbert Lechner, uno de los más elaborados representantes de esta corriente intelectual, dice: "Quizá por mi historia personal, por haber vivido largamente en diversos países, tengo una sensibilidad mayor por el orden. (...) Por eso, en el último año de la Unidad Popular las tensiones se me hacen insoportables, aunque sólo tomé conciencia de ello después del golpe. Es entonces cuando percibo las dificultades de un proceso de cambios sociales: una innovación en el orden". (p. 3) Y luego: "Posiblemente, la contribución principal de estos artículos consista en destacar la construcción del orden como la tarea política, hoy en día". (p. 9).

sentativo, que enrolarse en luchas populares que probablemente, y como ha sido siempre, pueden tener por respuesta la represión; de la cual no culpan a la derecha sino a la izquierda que testarudamente reclama lo que el capitalismo no está dispuesto a dar, en lugar de adaptarse a *lo posible*. Por aquél viejo refrán que dice que más vale malo conocido que bueno por conocer, sobre todo cuando ya se conoció. Así, al decir de James Petras, "la democracia es la clínica de reposo de los izquierdistas maduros".⁹

Como por arte de magia, ya no existe la lucha de clases; el poder no tiene un origen en la explotación sino en las actitudes, en intersubjetividades cambiantes. La política no supone confrontación de proyectos sociales sino interacciones entre interpretaciones y códigos tan válidos unos como otros en tanto que todos somos ciudadanos iguales.

Puesto que admitir la existencia de clases sociales implica una lucha "a muerte" que se quiere evitar¹⁰ (y si es "a muerte" no es precisamente por una masoquista predisposición popular sino por una bien acerada conciencia propietaria en los antagonistas), se dirige la atención a los "nuevos movimientos sociales". Que en realidad no son nuevos sino multiplicados por las reestructuraciones y desplazamientos en la estructura social. Y de todos ellos, rescatan, en particular, los que se conforman más coyunturalmente, los más alejados de una práctica con contenido político, los que menos pueden articularse espontáneamente con una perspectiva de poder. Por ello el movimiento social más descalificado es precisamente el movimiento sindical. No dejamos de reconocer los cambios ocurridos en nuestras sociedades, los diferentes pesos específicos de la clase obrera, la trascendencia de la multiplicidad de formas de organización incluso espontánea de las masas pauperizadas. Pero el problema estriba en si se

presta atención o no a las posibilidades de constituir articulaciones populares que den cuerpo a un proyecto popular alternativo o si radicamos el interés en expresiones reivindicativas que por sí mismas no trascienden al sistema y que incluso pueden estimularse como sustitución de una perspectiva clasista, para construir nuevas mediaciones dominantes. Lo cierto es que la búsqueda de no contaminación de lo social con lo político que plantean estos intelectuales "post algo" (post-marxistas, postmodernos, etc.) coincide con el interés de la Nueva Derecha, contribuyendo a aislar de las masas populares una perspectiva de izquierda, de poder.

Y estas —probablemente involuntarias— coincidencias tienen sus "reconocimientos" (incluso económicos) por el sistema, favoreciendo esa estabilidad individual tan ansiada.

5. La respuesta popular

Darfa la impresión que ni en el plano analítico ni en el de las elaboraciones estratégicas, la respuesta popular haya logrado adecuarse a los datos de la nueva realidad ni haya podido neutralizar eficazmente el proceso de derechización analizado, aunque su disposición de lucha y sacrificios no sólo no haya menguado sino incluso se haya ampliado considerablemente. Parece que el resultado más evidente de las dificultades de la izquierda latinoamericana radica en una insuficiente traducción política e ideológica de las conductas objetivamente anticapitalistas de las masas populares. No obstante las experiencias particularmente interesantes como la peruana y la mexicana más recientemente, hay una verdadera desproporción entre los niveles de enfrentamiento al capitalismo con la conciencia y proyectiva de su superación. El proyecto socialista no está en el orden del día de las combativas masas populares latinoamericanas. Y no creemos que sea, como indican algunos analistas, por oposiciones referenciales al llamado "socialismo real".

Pareciera que una primera dificultad visible es que se piensa que lo que se critica y a lo que se está oponiendo es un "tipo" de capitalismo impuesto tal vez coyunturalmente, "de ajuste", sin percibir que es éste y no otro el capitalismo posible, y no el de 20 años atrás.¹¹ Concomitantemente, pareciera que se criticara la "falta de voluntad democrática" de "esta" burguesía, como

¹¹ Si el capitalismo actual acelera la concentración del capital por la competencia y multiplica los ciclos críticos, no es por un problema "ético" sino por las contradicciones propias de su carácter monopolista, del que no puede volver atrás. Y tampoco se trata, como suele ocurrir, de que la crítica al antiestatismo neoliberal se realice ensalzando al Estado latinoamericano de 15 ó 20

⁹ James Petras: "El pecado de los intelectuales de Occidente" Artículo publicado en el Semanario *Brecha*, No. 113, del 8 de Enero de 1988, p. 31, en Montevideo, Uruguay.

¹⁰ En *ibid.* Lechner dice: "Por qué la lucha tiene que ser a muerte? Hay que enfrentar al Otro, no para aniquillarlo sino para asumir la diferencia y así, reconociendo al Otro, Poder reconocerse a sí mismo. A través del conflicto reconozco la libertad del Otro como condición de la propia libertad. Sin esa reciprocidad la subjetivación queda mutilada, asfixiada". Y cita al Rey Juan Carlos de España (que nos parece interesante incluir por su contenido vinculado a nuestra discusión), que dice "Podemos discutir apasionadamente, pero de forma correcta y civilizada, nuestros criterios dispares sobre la forma de alcanzar ese bien para nuestra patria. Porque lo que no resulta admisible, ni eficaz ni patriótico, es dar la sensación de que nos congratulamos de las desgracias que a España perjudican, por el hecho de que ocurran bajo el mandato político de aquellos con cuyas ideas no se coincide en un momento dado". Y concluye Lechner diciendo: "Desearía esa generosidad también entre nosotros". Los marginados latinoamericanos también, seguramente, desearían cierta generosidad de los gobiernos y dominantes. *Ibid.* p. 13.

si en realidad la clase capitalista pudiera mantener su condición de tal renunciando a sus vínculos internacionales, a su dependencia, a su subordinación al capital financiero, a su defensa inflexible de las tasas de ganancia afectadas por la crisis, a su transnacionalización, aunque ello se oponga a un proyecto democrático y nacional. Pareciera considerarse, también, que el problema de las Fuerzas Armadas, de su participación en los procesos de derechización, fuera de carácter ético y casi nada más. Y muchas veces da la impresión de existir una gran dificultad por asumir que no se

es "desestabilizador" por reconocer y hacer reconocer a los pueblos latinoamericanos, que además de las sin duda apreciadas libertad y democracia formales, la democracia social y avanzada tiene en las actuales condiciones un profundo sentido anti-capitalista, que sólo puede ser realizado en una articulación con proyectos que garanticen el protagonismo y el poder populares. La insuficiente y a veces inexistente ofensiva ideológica de la izquierda latinoamericana abre brechas al proceso de derechización, estableciendo desafíos y responsabilidades ineludibles.